

Cancionero del sitiado

Cuando el Ter era un río feudal y cortesano
y todos sus afluentes tallaban la madera:
Vírgenes, Nacimientos, como cunas y vírgenes labriegas,
a sus valles bajaban moviendo escaramuza
por un molino, por un hermoso prado,
avaros condes y abades pendencieros;
y a sus muros románicos, ángeles, negras bestias aladas,
amenazando más sus plumas y sus ojos que las llamas.

Cristos con rostro y majestad de luna;
más pálidos y más majestuosos por el ábside
cuando la tarde más delgada y pura.

Entonces mis lejanos parientes –olvidando rencillas-,
tras la cruz de San Jorge –coloreados como papagayos-,
llegaron a estas tierras, donde una fina raza
cultivaba la seda, repartía con equidad las aguas.

Hijo del extranjero, desde las vegas del Jiloca vine
pactando, respetando las lindes y manzanos,
hasta las huertas de Orihuela y Murcia.

Y por este dar mío con el sueño y la fábula,
hijo también de los que vi en las plazas de Marraquex,
en Fes, echados sobre los verdes tallos de la menta,
junto a doradas y olorosas ruinas de antiguas fortalezas,
escuchando, embebidos, de labios de mendigos respetables
leyendas y milagros de santones;
también por este gusto irrefrenable de ver correr la pólvora

así, puesta al pecho mi mano,
bien sabe el corazón las oscuras tendencias de la sangre;
puedo decir que aquellos extranjeros,
que llegaron hablando en parla provenzal,
no fueron enfadosos.

(¿Acaso pudo tanta tiranía acallar esta lengua
sensual como una fruta?
Negocio es la palabra del corazón).

Y en su lengua trataron con labriegos y orfebres;
repartieron la tierra y no desheredaron;
cantaron justo y corto,
y era la comprensión la que tañía.

¿Pero qué hago yo aquí doliéndome hace cientos de años

viendo desmoronarse piedra a piedra
esta hermosa fachada de la casa común que mira al mar
por la acción de guerreros del yermo y de la escarcha?

Altaneros llegaron –rezo en la boca y gestos destemplados-,
mucho vasallo hambriento avasallando,
echándonos los caballos encima,
empujando sus tiñosos rebaños a los huertos.

Vieron este ancho mar de frescor y verdura
y no se conmovieron.

Tal vez, por vez primera olían el azahar,
y no fueron capaces de respetar su norma,
de sentirse piadosos.
Dan ganas de llorar,
y desde entonces lloro;
llora el país la falta de cordura, y la rapacidad,
de un señorío que vino de la estepa.